

LA INTERVENCIÓN SOCIAL DESDE LA PERSPECTIVA DEL TRABAJO SOCIAL EMANCIPADOR

Silvana Martínez*
Juan Agüero**

RESUMEN

En este trabajo presentamos una idea general de lo que entendemos por intervención social desde la perspectiva epistemológica, teórico-metodológica y político-ideológica que nosotros denominamos Trabajo Social Emancipador. En la segunda, a esta forma de concebir y hacer Trabajo Social que denominamos Trabajo Social Emancipador y que proponemos desde Argentina para toda América Latina y El Caribe, como respuesta a los desafíos que implican los nuevos tiempos que vive Nuestra América, como llamaba a la gran nación latinoamericana el poeta cubano José Martí. En la tercera parte, analizamos las principales características de la intervención social, concebida desde esta forma de Trabajo Social y las implicancias que tiene para la formación y el proyecto político-profesional.

PALABRAS CLAVE

Intervención Social, Trabajo Social, Emancipación Social, América Latina, Argentina.

ABSTRACT

In this paper we present a general idea about we mean by social intervention from the epistemological, theoretical-methodological and political-ideological perspective that we call Emancipator Social Work. In the second part, we refer briefly to this way of thinking and doing Social Work that we call Emancipator Social Work and that we propose from Argentina for Latin America and the Caribbean, as an answer to implicating challenges in the new times that Our America lives, as the Cuban poet José Martí to the Great Latin American Nation called. In the third part, we analyze the main features of social intervention, from this form of Social Work conceived, and the implications that has for the formation and political-professional project.

KEY WORDS

Social Intervention, Social Work, Social Emancipation, Latin America, Argentina.

**Magister en trabajo social y Doctora en ciencias sociales de la Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina. Licenciada en Trabajo Social de la Universidad Nacional de Misiones, Argentina. Presidenta de la Región América Latina y El Caribe de la Federación Internacional de Trabajadores Sociales. Presidenta de la Federación Argentina de Asociaciones Profesionales de Servicio Social. Docente investigadora de la Universidad Nacional de Misiones. Email: silvanamartinezts@gmail.com*

***Doctor en ciencias económicas de la Universidad de Buenos Aires. Tesista de doctorado en trabajo social de la Universidad Nacional de La Plata. Magister en Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina. Licenciado en Administración de la Universidad Nacional de Misiones, Argentina. Director del Instituto de Estudios Sociales y Humanos (Conicet-UNaM). Docente investigador categoría 1 de la Universidad Nacional de Misiones. Email: juanaguero@arnet.com.ar*

INTRODUCCIÓN

En Argentina existe una diversidad de formas de concebir y hacer Trabajo Social. A algunas de ellas nos hemos referido en nuestro libro *La dimensión político-ideológica del Trabajo Social. Claves para un Trabajo Social emancipador* (Martínez, S. y Agüero, J., 2008). Esta heterogeneidad tiene raíces históricas, políticas y culturales, pero también se vincula con los diversos modos de institucionalización, orientaciones y concepciones del Trabajo Social que se fueron desarrollando en nuestro país y que dieron origen a una diversidad de formación, títulos, incumbencias, organización de la profesión, formas de ejercicio profesional y modos de intervención social.

En este trabajo presentamos una idea general de lo que nosotros entendemos por intervención social, desde la perspectiva epistemológica, teórico-metodológica y político-ideológica que –en aquella obra y en una más reciente– denominamos Trabajo Social Emancipador (Martínez, S. y Agüero, J., 2014). En la primera parte, nos referimos brevemente a los significados de la emancipación. En la segunda, a esta forma de concebir y hacer Trabajo Social que denominamos Trabajo Social Emancipador y que proponemos desde Argentina para toda América Latina y El Caribe, como respuesta a los desafíos que implican los nuevos tiempos que vive Nuestra América, como llamaba a la gran nación latinoamericana el poeta cubano José Martí. En la tercera, analizamos las principales características de la intervención social, concebida desde esta forma de Trabajo Social y las implicancias que tiene para la formación y el proyecto político-profesional.

LOS SIGNIFICADOS DE LA EMANCIPACIÓN

La categoría central de nuestra propuesta de Trabajo Social Emancipador es la emancipación. Este término tiene un significado jurídico muy antiguo que se relacionaba con la potes-

tad de un amo de liberar a su esclavo. También se refería a la finalización de la patria potestad ejercida sobre un menor de edad cuya emancipación lo habilitaba para la vida adulta. Históricamente, fue adquiriendo diversos significados, pero es en la Modernidad donde adquiere un sentido fundacional de ruptura con el antiguo régimen (el Medioevo) y de progreso ilimitado. La idea de que la historia tiene un sentido progresivo y va ascendiendo hacia la perfección final, guiada por la racionalidad humana, ha estado en la base de la modernidad e incluso se puede decir que constituye su esencia (Vattimo, G., 2004: 39).

Ernesto Laclau critica esta noción de emancipación de la Modernidad. Para este autor, esta noción tiene seis dimensiones que no constituyen un todo lógicamente organizado o una estructura lógica coherente. La primera es la dimensión dicotómica y está dada por la censura absoluta o la discontinuidad radical entre el momento emancipatorio y el orden social que lo precede. La segunda es la dimensión totalizante porque la emancipación abarca todas las áreas de la vida social y a su vez estas tienen entre sí una relación de imbricación. La tercera es la dimensión de transparencia por cuanto si la alienación es erradicada totalmente, ya no habría lugar para ninguna relación de poder o de representación, ni para la distinción sujeto/objeto. La cuarta es la dimensión de preexistencia de lo que debe ser emancipado respecto del acto emancipatorio, ya que no hay emancipación sin opresión. La quinta es la dimensión de fundamento, que es inherente a todo proyecto de emancipación radical en tanto fundante de un nuevo orden. La sexta es la dimensión racionalista, que da cuenta de la centralidad de la razón en reemplazo de la revelación divina (Laclau, E., 1996: 11-12).

Por su parte, Bonaventura de Sousa Santos también critica la noción de emancipación de la Modernidad sosteniendo la necesidad de reinventarla desde tres dimensiones: epistemológica, teórica y política. Propone la

construcción de una epistemología del Sur como búsqueda de visibilidad y credibilidad de las prácticas cognitivas de las clases, de los pueblos y de los grupos sociales que han sido históricamente explotados y oprimidos por el capitalismo global y el colonialismo (De Sousa Santos, B., 2009). También plantea la necesidad de reinventar la teoría crítica desde la interculturalidad, la poscolonialidad y una nueva racionalidad (De Sousa Santos, B., 2006: 46). Asimismo, propone la necesidad de construir democracias de alta intensidad, recuperando la diversidad de formas democráticas que existían antes de la democracia representativa liberal impuesta por los países que sostienen el orden hegemónico mundial (De Sousa Santos, B., 2006: 71).

La noción de emancipación de la Modernidad también es abordada por Karl Marx. En *La Cuestión Judía* acomete por primera vez el problema de la emancipación humana en general y su vinculación con la emancipación política. En este temprano ensayo no explica cómo alcanzar la emancipación humana, ni quién debe llevarla a cabo y por qué vías. Esto lo expone en sus escritos posteriores. Para Marx la emancipación humana se encarna en sujetos históricos que en situaciones concretas luchan por alcanzar la misma, analizando la realidad histórica, desplegando estrategias y llevando a cabo acciones concretas que implican a su vez la vinculación entre teoría y práctica. El sujeto histórico de la emancipación humana es el proletariado que, para Marx, constituye el estrato particular que condensa el proceso de desintegración de la sociedad capitalista. Este estrato concentra las necesidades radicales que demandan una revolución radical. Por tanto, al liberarse a sí misma como clase, puede romper las cadenas que atan al resto de los explotados. Sin embargo, el capitalismo ha desarrollado la ciencia y la tecnología y ha transformado de tal manera las fuerzas productivas y las formas de explotación que, en el siglo XXI, el sujeto histórico de la emancipación humana ya no es homo-

géneo como el proletariado del siglo XIX, sino que es un sujeto social cuya composición es amplia y variada y se construye desde abajo, atendiendo a las necesidades y tareas específicas de la lucha en cada contexto político y social.

Para Marx, la emancipación humana se basa en la necesidad de superar la alienación. Hay una contradicción entre el ciudadano que goza de supuesta igualdad política pero está escindido de su condición material como sujeto histórico y en situación de desigualdad social. En este sentido, la enajenación y la emancipación humana constituyen en sí mismos dos procesos excluyentes, ya que la última solo se puede alcanzar cuando no existe enajenación. Marx diferencia la emancipación humana de la emancipación política. Si bien reconoce los avances que ha significado la modernidad como emancipación política de las viejas estructuras feudales del Medioevo en cuanto a cuestiones tales como la igualdad ante la ley, las libertades individuales y la ciudadanía, concibe la emancipación humana como un proceso cualitativamente superior y distinto a la emancipación política, porque se refiere a la vida cotidiana material de los sujetos y a las condiciones económicas, políticas, sociales y culturales que condicionan la misma. En este sentido, si bien la emancipación política es necesaria e imprescindible para la libertad, el ejercicio efectivo de esta libertad no resulta posible, a menos que exista emancipación humana. Ahora bien, crear las condiciones para el ejercicio de la libertad no es algo simple ni sencillo, sino un complejo proceso plagado de todo tipo de contradicciones, conflictos, ambiciones, guerras de intereses, avances y retrocesos, encuentros y desencuentros, crisis, luchas y enfrentamientos con quienes ejercen el poder y el control económico y político de los medios de producción.

Con el devenir de los acontecimientos históricos que fueron ocurriendo a lo largo del siglo XIX, esta posición inicial de Marx, que se conoce como el primer Marx o joven Marx, se modifi-

ca sustancialmente. En el Tomo 1 de *El Capital* (1862) hay un giro hacia la base económica, las relaciones sociales de producción como principio explicativo de todas las relaciones sociales y particularmente hacia lo que él denomina superestructura, constituida por lo político, lo jurídico, la ideología y la cultura. En la Circular a las clases trabajadoras, redactada en 1864 para la Iª Internacional, Marx analiza el recorrido del movimiento obrero desde 1848, signado por grandes fracasos, donde reconoce el alivio que significó la ley de jornada laboral de 10 horas y el papel del movimiento cooperativo.

El primer Marx rechazaba el cooperativismo, pues lo consideraba un obstáculo en la lucha revolucionaria. Sin embargo, en la Circular reconoce sus logros y afirma que “este movimiento podría triunfar ante el poder del capital solo si se desarrolla en dimensiones nacionales”. Además sostiene que “conquistar el poder político se había convertido en la gran obligación de las clases trabajadoras”, ya que como sostiene Raúl Zibechi, “la conquista del poder es la única forma de evitar que la economía política del proletariado sucumba ante la potencia de la economía política de la burguesía” (Zibechi, R., 2005: 18).

Marx gira hacia la política y el Estado, dos instancias que anteriormente rechazaba porque solo creía en la fuerza autónoma del proletariado. Antes sostenía que “la emancipación de la clase trabajadora solo será obra de los trabajadores mismos” (Zibechi, R., 2005: 13). El sujeto histórico de la emancipación para el joven Marx era el proletariado, actuando como organización autónoma de la política y el Estado. Ahora cambia su posición y reconoce la necesidad de conquistar el poder mediante la acción política. Reconoce que la lucha de clase es una lucha política y que también la revolución es política. Este giro se profundiza después del fracaso de la toma de la Comuna de París (1871). El Estado se transforma así en el nuevo sujeto histórico de la emancipación (Zibechi, R., 2005: 20). La emancipación tiene que ver actual-

mente con las luchas políticas contra la globalización neoliberal que llevan a cabo diversos grupos y movimientos sociales en el mundo. Uno de estos movimientos es el altermundismo, llamado así por su lema “otro mundo es posible”. Una de sus manifestaciones más conocidas es la organización del Foro Social Mundial, encuentros que desde el año 2001 se vienen realizando en distintos países del mundo. Para el altermundismo la emancipación es toda acción que permite a un sujeto o a un grupo social acceder a un estado de autonomía, por cese de la sujeción a alguna autoridad o potestad. Es una noción que apunta a promover sociedades más justas, liberadas de toda dominación y orientadas hacia la igualdad real. Incluye la emancipación política, socioeconómica, el respeto por la dignidad humana, el derecho al reconocimiento y a una vida digna para todos los seres humanos y la preservación del ambiente.

Otros significados de la emancipación tienen que ver con las luchas políticas llevadas a cabo por los movimientos feministas en el mundo, donde se han desplegado numerosos procesos emancipatorios, con una gran diversidad de significaciones, sentidos, ideas, posturas teóricas, epistemológicas y políticas, que tornan difícil el intento por tratar de resumirlas o condensarlas. Estos procesos emancipatorios, si bien son diversos, tienen en común la lucha contra todas las formas de opresión, desigualdad y discriminación vividas por las mujeres, así como contra el orden sostenido por el patriarcado, el capitalismo y el colonialismo.

TRABAJO SOCIAL EMANCIPADOR

El Trabajo Social Emancipador pretende ser una respuesta a esta demanda profunda y existencial de la historia humana como es la emancipación y también una respuesta a los desafíos que plantean las luchas por la emancipación desplegadas en Nuestra América. ¿Qué queremos decir cuando decimos emancipación en Trabajo Social?



Tal como ocurre con el altermundismo y el feminismo, en Trabajo Social existe una conexión con las luchas político-ideológicas llevadas a cabo en las décadas de 1960 y 1970. Por entonces, no se hablaba de emancipación, sino de liberación. Se proponía un Trabajo Social Liberador (Macías Gómez, E. y Lacayo de Macías, R., 1973). Eran tiempos de reconceptualización y se transitaba por un momento histórico de profundos cambios sociales y políticos. Se pretendía que las trabajadoras y los trabajadores sociales cumplieran un rol estratégico en la sociedad, como educadoras y educadores populares, dirigentes, militantes y protagonistas de las transformaciones que con urgencia demandaba el pueblo latinoamericano.

La encrucijada era liberación o dependencia. Paulo Freire hablaba de

educación liberadora (Freire, P., 1970); Theotonio Dos Santos, de teoría de la dependencia (Dos Santos, Th. 1974); muchos obispos y sacerdotes progresistas, de teología de la liberación (Cutierrez Merino, G., 1968; Boff, L., 1978). Para la Iglesia católica latinoamericana, la liberación tenía un sentido teológico; para Freire y Dos Santos, un sentido político e ideológico, que se aproxima a la noción de emancipación. Para un país, la emancipación es la capacidad y posibilidad real de soberanía política o autodeterminación como pueblo. Para una sociedad o grupo social, o para los sujetos sociales que lo integran, es la capacidad y posibilidad real de autonomía o autodeterminación como sociedad, grupo o sujetos. En ambos casos, es una instancia que va más allá de la libertad o de la liberación e implica dos condiciones básicas:

a) tener capacidad real y b) tener posibilidad real de decidir el propio destino o proyecto de vida y poder llevarlo a cabo asumiendo sus consecuencias.

Los dos términos clave que definen el significado de la emancipación son la capacidad y la posibilidad. No se trata solo de querer ser libre o de querer elegir lo que un sujeto quiere para su vida o para los demás, sino de poder hacerlo real y efectivamente. Este poder implica capacidad y posibilidad. La capacidad se refiere a los sujetos sociales, mientras que la posibilidad se refiere a las condiciones históricas en las cuales estos sujetos se constituyen y realizan. No hay capacidad sin sujetos y tampoco posibilidad de ser de estos sin condiciones históricas.

En el proceso de emancipación distinguimos tres componentes fundamentales: la liberación, la autonomía y las condiciones históricas. La liberación implica libertad e independencia. Es una emancipación “de”, en el sentido de liberarse de la sujeción a algo. En las décadas de 1960 y 1970 se hablaba de liberarse del imperialismo y la dominación. Esta es la condición previa para iniciar un proceso de emancipación, es el término del cautiverio, la esclavitud o el sometimiento y la recuperación de la libertad. Pero solo con la libertad e independencia no basta. Para un preso liberado de la cárcel, es evidente que la simple liberación no alcanza para que pueda sobrevivir y desarrollarse por sí mismo como ser humano, pero es un paso imprescindible, una condición sine qua non para la emancipación.

El segundo componente es la autonomía. Podemos definirla como la capacidad y posibilidad de tomar las propias decisiones y fijar las propias reglas. El máximo grado de autonomía es la soberanía o autodeterminación como pueblo, que lo hace independiente de cualquier sujeción externa por otro pueblo. Por debajo de este máximo, hay autonomías relativas. En cualquier caso, esto implica la existencia de un sujeto capaz de ejercer la autonomía. Es el sujeto de la emancipación. El proceso de emancipación implica la existencia de sujetos que

puedan llevarla a cabo. Si no hay sujeto, el proceso de emancipación no es viable. Por esta razón, también es un requisito sine qua non para que pueda llevarse a cabo un proceso de emancipación. La construcción de autonomía y la constitución del sujeto que pueda ejercer la misma, son dos caras de una misma moneda. La autonomía es la capacidad que tiene un sujeto, pero también es la posibilidad de poder ejercer esta capacidad libremente. La libertad o liberación es la condición previa para poder ejercer la autonomía, pero esta no resulta posible sin sujetos. A su vez, el mismo proceso de emancipación construye sujetos, libertad y autonomía de manera dialéctica. ¿Qué significa esto? Que el proceso de emancipación no es lineal ni cerrado; no es algo acabado, sino en constante movimiento de ida y vuelta, en constante construcción y reconfiguración. La emancipación construye libertad, autonomía y subjetivación, pero a su vez posibilitan que pueda desarrollarse el proceso de emancipación.

El tercer componente son las condiciones históricas. En *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* Karl Marx (2011: 12) sostiene: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”. Como dijimos anteriormente, el proceso de emancipación es un proceso dialéctico que no se da por fuera de las condiciones históricas de los sujetos sociales, es decir, por fuera de estas circunstancias descritas por Marx que no son elegidas por los sujetos sino que están ahí, atravesándolos, condicionándolos, configurándolos. De estas condiciones o circunstancias históricas emergen las posibilidades reales de emancipación social. Es en este contexto histórico y solamente dentro de él donde los sujetos pueden desarrollar sus capacidades, habilidades, estrategias y proyectos de vida. Es el marco de acción que tienen los sujetos y del cual surgen también los

límites y las posibilidades reales. En este sentido, la emancipación no es un discurso, sino un hecho histórico. Implica materialidad, es decir capacidad y posibilidad real de realización histórica de los sujetos. La emancipación es un hecho, es poder escribir la historia y no solo participar en la historia que otros escriben o, lo que es peor aún, quedar afuera de ella. La historia que otros escriben es alienación, es negación de los sujetos. Por ende, nuestra propuesta de Trabajo Social Emancipador tiene un núcleo crítico constituido por: a) la construcción de sujetos sociales, b) mundos de vida, c) procesos identitarios, d) lazos sociales y d) ciudadanía; asimismo las condiciones para realizarlo.

Los sujetos sociales se constituyen en la relación con sus mundos de vida. En estos espacios microsociales transcurre la vida cotidiana y se condensa lo macrosocial. La subjetividad deviene de la intersubjetividad y estas a su vez están atravesadas por el contexto de lo macrosocial. No hay externalidad entre el contexto y el mundo de la vida de los sujetos, sino que estos son configurados por aquellos. A su vez, el mundo de la vida es lo que construimos como sujetos sociales, aquello que tiene sentido para nosotros. Es el entramado de significaciones que atribuimos a todo lo que nos abarca y nos constituye como sujetos. Nos reconocemos como sujetos en un mundo que tiene sentido para nosotros. El mundo de la vida nos constituye como sujetos sociales y es a su vez lo que configuramos como tales. Es decir, nos constituimos como sujetos sociales construyendo nuestros mundos de vida, de tal manera que somos un binomio dialéctico sujeto-mundo que resulta indivisible. Esta relación dialéctica se da en un tiempo y un espacio concretos, es histórica.

Las identidades son constitutivas de los sujetos sociales. No tenemos una sola identidad como sujetos, sino que estamos atravesados por múltiples identidades. Estas constituyen puntos de sutura que amalgaman y condensan la diversidad, la multiplicidad

y la multidimensionalidad de nuestra subjetividad. Cada identidad asume un contenido específico de género, raza, etnia, clase o estrato social. Por otra parte, adherimos a la ciudadanía como “el derecho a tener derechos” y esto implica lazos sociales, es decir, vínculos, ligaduras, entramados sociales, redes de relaciones sociales, que se establecen entre los miembros de una formación social dada. Estos lazos tienen permanencia en el tiempo, significados, sentidos, finalidades, es decir, intencionalidad. El concepto de ciudadanía al cual adherimos implica historicidad, conciencia social, participación en la toma de decisiones, reconocimiento de las diferencias y relaciones de poder, pero estas dimensiones presuponen la existencia de lazos sociales, como requisito previo de cohesión social y de proyecto social, ya que la ciudadanía alude siempre a un colectivo social y no a sujetos individuales.

Este núcleo crítico a su vez está atravesado por tres grandes sistemas de opresión que han configurado históricamente la construcción del orden social actual y continúan plenamente vigentes: el patriarcado, el capitalismo y el colonialismo. Por lo tanto, nuestra propuesta de Trabajo Social Emancipador es antipatriarcal, anticapitalista y decolonial. Rechaza el patriarcado porque:

- a) Constituye un sistema autoritario y retrógrado, basado en la supuesta supremacía y superioridad de los varones respecto de las mujeres y el supuesto derecho de aquellos de perpetuar un orden construido históricamente desde, por y para los varones.
- b) Es funcional al capitalismo, ya que justifica la división sexual del trabajo y la supuesta inferioridad de las mujeres, basada en desigualdades históricas establecidas y reproducidas por los varones.
- c) Favorece la opresión y la dominación social, al sostener y justificar desde la filosofía, la ciencia, la política y la religión, la fundamentación histórica y la reproducción social de mitos, prejuicios y estereotipos sobre la supues-

ta inferioridad y debilidad congénita de las mujeres.

d) Viola los derechos humanos más elementales, al sostener y reproducir un orden social que no permite a las mujeres ejercer plenamente sus derechos a la libertad, a una vida digna, al respeto como ser humano, a la igualdad ante la ley, a un trabajo íntegro, al ejercicio de una profesión, al pleno desarrollo de sus capacidades y potencialidades humanas, a la libre asociación y expresión de sus ideas, al desarrollo como sujeto político, entre otros derechos.

e) Favorece y justifica la violencia, al sostener y perpetuar un orden que justifica el abuso de poder y el autoritarismo de los varones y promueve la obediencia, sumisión y subordinación de las mujeres.

f) No tiene en cuenta el derecho a la diferencia, al sostener un sistema androcéntrico con una única mirada que no tiene en cuenta otras, ni lo que sienten, quieren y desean las mujeres.

g) No respeta la libertad de elección de las mujeres, al imponerles un orden construido solamente a base de las preferencias, intereses y conveniencias de los varones.

h) Es incompatible con un orden social y familiar democrático e igualitario en el ejercicio de los derechos, el ejercicio del poder y las posibilidades reales entre varones y mujeres.

Rechaza el capitalismo como sistema de organización social porque se basa en la explotación del hombre por el hombre y su consecuencia es la concentración de la riqueza en poder de unos pocos mientras una inmensa mayoría carece de lo más mínimo para vivir. Esto genera desigualdad, opresión y dominación social y su consecuencia más grave es el estado de indefensión e injusticia social en que coloca a los sujetos sociales. Los procesos de alienación que provoca el capitalismo son incompatibles con la construcción de sujetos sociales autónomos. La individualización y mercantilización de las relaciones sociales que genera el capitalismo atentan contra la construcción de lazos sociales, favorece la fragmen-

tación social, la anomia y no permite pensar en el ejercicio real y efectivo de la ciudadanía. Igualmente, en condiciones de explotación, difícilmente los sujetos sociales en estas condiciones pueden pensar en reconfigurar o resignificar sus mundos de vida o en elaborar proyectos de vida.

Finalmente rechaza el colonialismo porque se opone y cuestiona profundamente el proceso de colonialidad, colonialismo, colonización y dominación cultural de nuestros pueblos latinoamericanos. Por el contrario, la construcción de sujetos sociales, lazos sociales y ciudadanía, en este tipo de Trabajo Social, requiere un proceso de descolonización cultural que implique la reconfiguración del mundo de la vida de los sujetos y el desarrollo de procesos identitarios basados en la revalorización de lo nativo, la recuperación de símbolos y significaciones culturales locales, de los saberes populares, de las lenguas autóctonas, de las experiencias de religiosidad popular, entre otros.

LA INTERVENCIÓN SOCIAL DESDE LA PERSPECTIVA DEL TRABAJO SOCIAL EMANCIPADOR

La intervención social no se da en el vacío, sino en un determinado contexto histórico, social e institucional, que la atraviesa indefectiblemente. Implica praxis y tiene ciertos rasgos constitutivos cuando la adjetivamos y la nombramos como praxis emancipadora. Entre estos rasgos destacamos como más importantes los siguientes: significación, subjetivación, formación, capacitación, multidimensionalidad, cotidianidad, interacción, contradicción y conflicto, poder, concientización, popularización del conocimiento, investigación y percepción aguda de la realidad.

Este contexto, configurado por condiciones históricas, no está por fuera de la intervención social, sino que atraviesa no solo a esta sino también a los sujetos de la misma y sus mundos de vida. Se destaca en este contexto la fragilidad de las instituciones. Estas

tienen dificultades para cumplir con sus mandatos originarios, ya que los problemas sociales son de tal complejidad que desbordan a las instituciones y, además, estas están fuertemente atravesadas por la dimensión político-ideológica. El contexto está presente en cada situación que abordan las trabajadoras y los trabajadores sociales, porque lo macrosocial se materializa en lo microsociales y este constituye una condensación de aquel.

El contexto también genera las condiciones objetivas y subjetivas de los sujetos de la praxis. Estas condiciones pueden crear sinergia u obstaculizar los procesos de emancipación. Sin embargo, condicionan pero no determinan a los sujetos, pues estos siempre mantienen intacta su capacidad transformadora. Como lo sostiene Anthony Giddens con la teoría de la estructuración social, los sujetos, en cualquier curso de acción, siempre pueden optar por otros cursos de acción (Giddens, A., 1995). Es decir, más allá de las adversidades u obstáculos que se presenten, siempre subsiste una posibilidad de cambio; de lo contrario, caeríamos en un determinismo histórico o lineal que rechazamos expresamente.

El Trabajo Social Emancipador requiere profesionales situados, enraizados, significados y significantes, subjetivados y subjetivantes. Situados en las improntas de un tiempo y un lugar determinados, enraizados en un origen o proyecto asociado a un grupo humano con el cual puedan identificarse en la búsqueda de sentido de la existencia o de la acción; significados por el entramado de significaciones sociales y a su vez significantes en términos de capacidad para construir significaciones sociales, subjetivados por el entramado de relaciones intersubjetivas y a su vez subjetivantes en términos de capacidad para cimentar subjetividad en los "otros" con quienes interactúan.

En la praxis emancipadora, la subjetividad de las trabajadoras y los trabajadores sociales se va configurando en el juego de una intersubjetividad muy particular que se establece compar-

tiendo el mundo de la vida del otro, la intimidad de la vida cotidiana, las vivencias emocionales, la forma de estar en el mundo y de relacionarse con los demás, y el modo de ser, de sentir y de actuar. El ejercicio profesional les permite configurar con otros sujetos sociales un tipo de relación que es muy distinta a la que se produce en otras profesiones. Esto deviene del mundo de lo simbólico, donde las cosas tienen un determinado sentido para los sujetos.

Por otra parte, nuestra propuesta de Trabajo Social Emancipador tiene, en relación con la educación popular, varios elementos en común. En efecto, ambos poseen como campo de prácticas sociales los sectores populares, donde se constata con mayor fuerza las consecuencias de las políticas públicas y la acción de los sectores dominantes. Ambos tienen también como finalidad de la acción, la transformación de la realidad, ya que buscan revertir las situaciones de opresión y de dominación social.

En ambos casos, también hay un acento en la formación y en la capacitación. La formación como instancia de reflexión teórica y desarrollo de conciencia crítica en los sujetos sociales, para poder comprender e interpretar la realidad; la capacitación como instancia de adquisición o desarrollo de habilidades o competencias para la acción transformadora de la realidad. Además, comparten el abordaje de la realidad social desde una perspectiva multidimensional, el acento en la vida cotidiana y la interacción con los sujetos como estrategia básica de la praxis. Un aspecto importante para un Trabajo Social Emancipador es considerar, como lo hace la educación popular, la contradicción y el conflicto como elementos constitutivos de la vida social y no como anomalías o desvíos. Aquí tenemos que remover una concepción funcionalista y sistémica muy arraigada en el Trabajo Social, que sostiene el principio de la normalidad, armonía y funcionalidad de las relaciones sociales y del sistema social, considerando cualquier conflicto o contradicción

como anomalía, desvío o disfuncionalidad que debe ser corregida o ajustada.

Asimismo, un Trabajo Social Emancipador implica desarrollar la capacidad de construir conciencia crítica y organizativa y capacidad de lucha al lado y con los sectores populares. No podemos proclamar el cambio desde un café o sentados cómodamente en oficinas. Por eso, rescatamos de la educación popular su compromiso con la acción, la visión dialéctica de la realidad, la práctica como espacio privilegiado para la reflexión y la acción, el abordaje integral de los problemas sociales, la coherencia en la formulación de estrategias, la búsqueda de participación real y, sobre todo, la construcción de poder popular.

Por otra parte, la magnitud y complejidad de los problemas sociales requieren trabajadores sociales fuertemente preparados, capacitados y competentes desde el punto de vista profesional. Esto implica no solo formación político-ideológica, sino también una sólida formación epistemológica, teórica y metodológica; además, y fundamentalmente, aprender el oficio, es decir, cómo hacer las cosas en el territorio. Las trabajadoras y los trabajadores sociales que están “en la trinchera” de los problemas sociales, como se dice comúnmente, deberían ser los más preparados, los más capaces y los más competentes.

Al mismo tiempo, estamos convencidos de que la formación del colectivo profesional implica participar y ocupar todos los espacios sociales, políticos e institucionales de praxis de las trabajadoras y los trabajadores sociales. Tal es el caso, por ejemplo, de las organizaciones profesionales, que son espacios estratégicos de lucha y cimentación de poder. Cuanto mayor es la participación y la presencia del colectivo profesional en la sociedad, mayor será el reconocimiento del Trabajo Social como profesión y mayor será el capital simbólico acumulado. Lo contrario constituye un proceso de empobrecimiento e invisibilización del campo profesional.

Otro aspecto importante de la praxis del Trabajo Social Emancipador es la investigación. Es una actitud profesional de no ceder y obstinarse en la cuestión de los porqués, tener más dudas que certezas y reconocer que nunca se está lo suficientemente formado para abordar la multiplicidad y complejidad de los problemas sociales. Requiere, por tanto, una actitud de repreguntarse permanentemente. En este sentido, hay que ligar la investigación científica con las necesidades y problemas reales del pueblo, para que la pertinencia social no sea solo una frase que se coloca en los proyectos, sino una verdadera mirada de la realidad social.

En este sentido, el Trabajo Social Emancipador implica un proceso de popularización del conocimiento científico. Es necesario construir puentes que conecten el conocimiento popular con el conocimiento científico y viceversa. Esta es una tarea política, no técnica ni tecnocrática, ya que se trata de percibir las necesidades y los problemas reales del pueblo y ser capaces de estudiarlos y proponer alternativas de solución.

De igual manera, el Trabajo Social Emancipador implica contar con profesionales con percepción aguda de la realidad. Esto significa, trabajadores sociales capaces de ver lo invisible y escuchar lo inaudible. Esta capacidad de percepción no es algo innato, sino que se construye con formación, capacitación y quehacer profesional. Es parte del oficio de trabajadoras y trabajadores sociales. Esto implica dejarse interpelar por la realidad y, a su vez, interpellarla en un doble juego dialéctico. Implica desnaturalizar y deconstruir la realidad, encontrar sus sentidos, descubrir e interpretar las reglas de juego del poder. Implica leer entre líneas los discursos hegemónicos, lo no dicho.

CONCLUSIONES

La intervención social desde la perspectiva del Trabajo Social Emancipador implica no solamente la crítica y

el cuestionamiento del orden y el discurso dominante, sino fundamentalmente poder asumir un compromiso concreto de acción transformadora de la realidad. Se trata de poner en marcha acciones concretas que generen las condiciones para el ejercicio real y efectivo de los derechos. Es decir, llevar a cabo una praxis para que las cosas puedan ser de otra manera en la vida cotidiana de los sujetos sociales, mediante la cimentación de identidades, la resignificación del mundo de la vida, la formación de lazos sociales menos desiguales y más democráticos, la alzada de ciudadanía y, de este modo, la materialización del derecho a tener derechos.

En esta transformación cotidiana de la realidad, se gestan los grandes cambios sociales. En estos microespacios sociales se gestan los grandes proyectos, los liderazgos políticos, los movimientos, las ideologías y las representaciones sociales. Por estos microespacios sociales circula el poder y el saber y se elabora el entramado de significaciones sociales. Es en estos microespacios sociales en donde los trabajadores sociales pueden, real y efectivamente, llevar a cabo una praxis transformadora que genere las condiciones para la emancipación social.

A modo de conclusión, hacemos nuestras las palabras de Concepción Nieves Ayús: “Para millones de habitantes del planeta –trabajadores humildes, personas marginadas, discriminados, desposeídos, oprimidos y fuerzas progresistas que luchan por un mundo más justo y mejor– la emancipación humana es una aspiración que se mantiene viva” (2005). Es una aspiración legítima que nace de la opresión y la dominación y cuyo desafío central es la superación del modo de producción capitalista, el patriarcado y el neocolonialismo. Pero no se trata solo de una aspiración, sino de una demanda profunda de justicia social y reconocimiento de los seres humanos como sujetos sociales capaces de decidir su propio destino y llevar a cabo proyectos de vida. •

Referencias bibliográficas

Ayús, C. N. (2005) *Relaciones de dirección en Cuba: sujetos sociales y fundamentación ideológica*. Bogotá: Editorial Academia.

Boff, L. (1978) *Teología del cautiverio y de la liberación*. Madrid: Ediciones Paulinas.

De Sousa Santos, B. (2006) *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Buenos Aires: Clacso.

De Sousa Santos, B. (2009) *Una epistemología del Sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. Buenos Aires: Clacso-Siglo XXI Editores.

Dos Santos, Th. (1974) *Dependencia y cambio social*. Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.

Freire, P. (1970) *La Educación como práctica de la libertad*. Montevideo: Tierra Nueva.

Giddens, A. (1995) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Gutiérrez Merino, G. (1968) *Hacia una teología de la liberación*. Lima: Proyecto Social Hispánico.

Heller, A. (2002) *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.

Laclau, E. (1996) *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.

Macías Gómez, E. y Lacayo de Macías, R. (1973) *Hacia un trabajo social liberador*. Buenos Aires: Humanitas.

Martínez, S. y Agüero, J. (2008) *La dimensión político-ideológica del Trabajo Social. Claves para un Trabajo Social emancipador*. Buenos Aires: Dunken.

Martínez, S. y Agüero, J. (2014) *Trabajo Social Emancipador. De la disciplina a la indisciplina*. Paraná: Editorial Fundación La Hendija.

Marx, K. (2011) *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. La Plata: De la Campana.

Vattimo, G. (2004) *Nihilismo y emancipación*. Barcelona: Paidós.

Vattimo, G. (2004) *Nihilismo y emancipación*. Barcelona: Paidós.

Zibechi, R. (2005) *La mirada horizontal. Movimientos sociales y emancipación*. Buenos Aires: Editorial Tierra del Sur.